

Antes que tú me moriré: y mi espíritu,
En su empeño tenaz,
Sentándose a las puertas de la muerte,
Allí te esperará.

Con las horas los días, con los días
Los años volarán,
Y a aquella puerta llamarás al cabo...
¿Quién deja de llamar?

Entonces, que tu culpa y tus despojos
La tierra guardará,
Lavándote en las ondas de la muerte
Como en otro Jordán;

Allí, donde el murmullo de la vida
Temblando a morir va,
Como la ola que a la playa viene
Silenciosa a expirar;

Allí, donde el sepulcro que se cierra
Abre una eternidad...
¡Todo cuanto los dos hemos callado
Lo tenemos que hablar!

XXXVIII

Los suspiros son aire, y van al aire.
Las lágrimas son agua, y van al mar.
Dime, mujer: cuando el amor se olvida,
¿Sabes tú adónde va?

XXXIX

¿A qué me lo decís? Lo sé: es mudable,
Es altanera y vana y caprichosa;
Antes que el sentimiento de su alma,
Brotará el agua de la estéril roca.

Sé que en su corazón, nido de sierpes,
No hay una fibra que al amor responda;
Que es una estatua inanimada...; pero...
¡Es tan hermosa!

XL

Su mano entre mis manos,
Sus ojos en mis ojos,
La amorosa cabeza
Apoyada en mi hombro,

¡Dios sabe cuántas veces,
 Con paso perezoso,
 Hemos vagado juntos
 Bajo los altos olmos
 Que de su casa prestan
 Misterio y sombra al pórtico!
 Y ayer..., un año apenas,
 Pasado como un soplo,
 Con qué exquisita gracia,
 Con qué admirable aplomo,
 Me dijo al presentarnos
 Un amigo oficioso:
 —Creo que en alguna parte
 He visto a usted—. ¡Ah!, bobos,
 Que sois de los salones
 Comadres de buen tono,
 Y andáis por allí a caza
 De galantes embrollos:
 ¡Qué historia habéis perdido!
 ¡Qué manjar tan sabroso
 Para ser devorado
Sotto voce en un corro,
 Detrás del abanico
 De plumas y de oro!

 ¡Discreta y casta luna,
 Copudos y altos olmos,
 Paredes de su casa,
 Umbrales de su pórtico,
 Callad, y que el secreto

No salga de vosotros!
 Callad; que por mi parte
 Lo he olvidado todo:
 Y ella..., ella..., ¡no hay máscara
 Semejante a su rostro!

XLI

Tú eras el huracán, y yo la alta
 Torre que desafia su poder:
 ¡Tenías que estrellarte o abatirme!...
 ¡No pudo ser!
 Tú eras el Océano, y yo la enhiesta
 Roca que firme aguarda su vaivén:
 ¡Tenías que romperte o que arrancarme!...
 ¡No pudo ser!
 Hermosa tú, yo altivo; acostumbrados
 Uno a arrollar, el otro a no ceder;
 La senda estrecha, inevitable el choque...
 ¡No pudo ser!

XLII

Cuando me lo contaron sentí el frío
 De una hoja de acero en las entrañas;
 Me apoyé contra el muro, y un instante
 La conciencia perdí de donde estaba.

Cayó sobre mi espíritu la noche;
 En ira y en piedad se anegó el alma...
 ¡Y entonces comprendí por qué se llora,
 Y entonces comprendí por qué se mata!
 Pasó la nube de dolor..., con pena
 Logré balbucear breves palabras...
 ¿Quién me dió la noticia?... Un fiel amigo...
 ¡Me hacía un gran favor!... Le di las gracias.

XLIII

Dejé la luz a un lado, y en el borde
 De la revuelta cama me senté,
 Mudo, sombrío, la pupila inmóvil
 Clavada en la pared.
 ¿Qué tiempo estuve así? No sé: al dejarme
 La embriaguez horrible del dolor,
 Expiraba la luz, y en mis balcones
 Reía el sol.
 Ni sé tampoco en tan terribles horas
 En qué pensaba o qué pasó por mí;
 Sólo recuerdo que lloré y maldije,
 Y que en aquella noche envejecí.

XLIV

Como en un libro abierto
 Leo de tus pupilas en el fondo;
 ¿A qué fingir el labio
 Risas que se desmienten con los ojos?

¡Llora! No te avergüences
 De confesar que me quisiste un poco.
 ¡Llora! Nadie nos mira.
 Y a ves; yo soy un hombre... ¡y también lloro!

XLV

En la clave del arco mal seguro,
 Cuyas piedras el tiempo enrojeció,
 Obra de cincel rudo, campeaba
 El gótico blasón.

Penacho de su yelmo de granito,
 La hiedra que colgaba en derredor
 Daba sombra al escudo, en que una mano
 Tenía un corazón.

A contemplarlo en la desierta plaza
 Nos paramos los dos:
 Y «ése—me dijo—es el cabal emblema
 De mi constante amor».

¡Ay!, es verdad lo que me dijo entonces:
 Verdad que el corazón
 Lollevará en la mano..., en cualquier parte...;
 Pero en el pecho, no.

XLVI

Me ha herido recatándose en las sombras,
 Sellando con un beso su traición.
 Los brazos me echó al cuello, y por la espalda
 Partióme a sangre fría el corazón.

Y ella prosigue alegre su camino,
 Feliz, risueña, impávida; ¿y por qué?
 Porque no brota sangre de la herida...
 ¡Porque el muerto está en pie!

XLVII

Yo me he asomado a las profundas simas
 De la tierra y del cielo,
 Y les he visto el fin o con los ojos
 O con el pensamiento.

Mas, ¡ay!, de un corazón llegué al abismo,
 Y me incliné por verlo,
 Y mi alma y mis ojos se turbaron:
 ¡Tan hondo era y tan negro!

XLVIII

Como se arranca el hierro de una herida
 Su amor de las entrañas me arranqué,
 Aunque sentí al hacerlo que la vida
 Me arrancaba con él.

Del altar que le alcé en el alma mía
 La voluntad su imagen arrojó,
 Y la luz de la fe que en ella ardía
 Ante el ara desierta se apagó.

Aún para combatir mi firme empeño
Viene a mi mente su visión tenaz...
¡Cuándo podré dormir con ese sueño
En que acaba el soñar!

XLIX

Alguna vez la encuentro por el mundo
Y pasa junto a mí;
Y pasa sonriéndose, y yo digo:
—¿Cómo puede reír?

Luego asoma a mi labio otra sonrisa,
Máscara del dolor,
Y entonces pienso:—¡Acaso ella se ríe
Como me río yo!

L

Lo que el salvaje que con torpe mano
Hace de un tronco a su capricho un dios,
Y luego ante su obra se arrodilla,
Eso hicimos tú y yo.

Dimos formas reales a un fantasma,
De la mente ridícula invención,
Y hecho el ídolo ya, sacrificamos
En su altar nuestro amor.

LI

De lo poco de vida que me resta
Diera con gusto los mejores años,
Por saber lo que a otros
De mí has hablado.

Y esta vida mortal... y de la eterna
Lo que me toque, si me toca algo,
Por saber lo que a solas
De mí has pensado.

LII

Olas gigantes, que os rompeis bramando
En las playas desiertas y remotas,
Envuelto entre las sábanas de espuma,
¡Llevadme con vosotras!

Ráfagas de huracán, que arrebatáis
Del alto bosque las marchitas hojas,
Arrastrado en el ciego torbellino,
¡Llevadme con vosotras!

Nubes de tempestad, que rompe el rayo
Y en fuego ornáis las desprendidas orlas,
Arrebatado entre la niebla oscura,
¡Llevadme con vosotras!

Llevadme, por piedad, adonde el vértigo
Con la razón me arranque la memoria...
¡Por piedad!... ¡Tengo miedo de quedarme
Con mi dolor a solas!

LIII

Volverán las oscuras golondrinas
En tu balcón sus nidos a colgar,
Y otra vez con el ala a sus cristales
Jugando llamarán;

Pero aquellas que el vuelo refrenaban
Tu hermosura y mi dicha al contemplar,
Aquellas que aprendieron nuestros nombres,
Ésas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas
De tu jardín las tapias a escalar,
Y otra vez a la tarde, aún más hermosas,
Sus flores se abrirán;

Pero aquellas cuajadas de rocío,
Cuyas gotas mirábamos temblar
Y caer, como lágrimas del día...,
Ésas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
Las palabras ardientes a sonar;
Tu corazón de su profundo sueño
Tal vez despertará;

Pero mudo y absorto y de rodillas,
como se adora a Dios ante su altar,
Como yo te he querido..., desengáñate,
¡Así no te querrán!

LIV

Cuando volvemos las fugaces horas
Del pasado a evocar,
Temblando brilla en sus pestañas negras
Una lágrima pronta a resbalar.

Y al fin resbala, y cae como gota
De rocío, al pensar
Que, cual hoy por ayer, por hoy mañana,
Volveremos los dos a suspirar.

L V

Entre el discorde estruendo de la orgía
 Acarició mi oído,
 Como nota de música lejana,
 El eco de un suspiro.

El eco de un suspiro que conozco,
 Formado de un aliento que he bebido,
 Perfume de una flor, que oculta crece
 En un claustro sombrío.

Mi adorada de un día, cariñosa,
 —¿En qué piensas?—me dijo.
 —En nada...—¿En nada, y lloras?—Es que tengo
 Alegre la tristeza y triste el vino.

L VI

Hoy como ayer, mañana como hoy,
 Y ¡siempre igual!
 Un cielo gris, un horizonte eterno,
 Y ¡andar..., andar!

Moviéndose a compás, como una estúpida
 Máquina, el corazón;
 La torpe inteligencia, del cerebro
 Dormida en un rincón.

El alma, que ambiciona un paraíso,
 Buscándolo sin fe;
 Fatiga sin objeto, ola que rueda
 Ignorando por qué.

Voz que incesante con el mismo tono
 Canta el mismo cantar;
 Gota de agua monótona que cae,
 Y cae sin cesar.

Así van deslizándose los días
 Unos de otros en pos,
 Hoy lo mismo que ayer..., y todos ellos
 Sin goce ni dolor.

¡Ay!, a veces me acuerdo suspirando
 Del antiguo sufrir...
 Amargo es el dolor; pero siquiera
 ¡Padecer es vivir!

LVII

Este armazón de huesos y pellejo,
De pasear una cabeza loca
Cansado se halla al fin, y no lo extraño;
Pues, aunque es la verdad que no soy viejo,
De la parte de vida que me toca
En la vida del mundo, por mi daño
He hecho un uso tal, que juraría
Que he condensado un siglo en cada día.

Así, aunque ahora muriera,
No podría decir que no he vivido;
Que el sayo, al parecer nuevo por fuera,
Conozco que por dentro ha envejecido.

Ha envejecido, sí; ¡pese a mi estrella!
Harto lo dice ya mi afán doliente;
Que hay dolor que, al pasar, su horrible huella
Graba en el corazón, si no en la frente.

LVIII

¿Quieres que de ese néctar delicioso
No te amargue la hez?
Pues aspirale, acércale a tus labios,
Y déjale después.

¿Quieres que conservemos una dulce
Memoria de este amor?
Pues amémonos hoy mucho, y mañana
Digámonos ¡adiós!

LIX

Yo sé cuál el objeto
De tus suspiros es;
Yo conozco la causa de tu dulce
Secreta languidez.
¿Te ríes?... Algún día
Sabrás, niña, por qué:
Tú acaso lo sospechas,
Y yo lo sé.

Yo sé lo que tú sueñas,
Y lo que en sueños ves

Como en un libro puedo lo que callas
 En tu frente leer.
 ¿Te ríes?... Algún día
 Sabrás, niña, por qué:
 Tú acaso lo sospechas,
 Y yo lo sé.

Yo sé por qué sonríes
 Y lloras a la vez;
 Yo penetro en los senos misteriosos
 De tu alma de mujer.
 ¿Te ríes?... Algún día
 Sabrás, niña, por qué:
 Mientras tú sientes mucho y nada sabes,
 Yo, que no siento ya, todo lo sé.

LX

Mi vida es un erial:
 Flor que toco se deshoja;
 Que, en mi camino fatal,
 Alguien va sembrando el mal
 Para que yo lo recoja.

LXI

Al ver mis horas de fiebre
 E insomnio lentas pasar,
 A la orilla de mi lecho,
 ¿Quién se sentará?

Cuando la trémula mano
 Tienda, próximo a expirar,
 Buscando una mano amiga,
 ¿Quién la estrechará?

Cuando la muerte vidrie
 De mis ojos el cristal,
 Mis párpados aún abiertos,
 ¿Quién los cerrará?

Cuando la campana suene
 (Si suena en mi funeral),
 Una oración al oírla,
 ¿Quién murmurará?

Cuando mis pálidos restos
 Oprima la tierra ya,
 Sobre la olvidada fosa,
 ¿Quién vendrá a llorar?

¿Quién, en fin, al otro día,
 Cuando el sol vuelva a brillar,
 De que pasé por el mundo,
 ¿Quién se acordará?

LXII

Primero es un albor trémulo y vago,
 Raya de inquieta luz que corta el mar;
 Luego chispea y crece y se dilata
 En ardiente explosión de claridad.

La brilladora luz es la alegría;
 La temerosa sombra es el pesar:
 ¡Ay!, en la oscura noche de mi alma,
 ¿Cuándo amanecerá?

LXIII

Como enjambre de abejas irritadas,
 De un oscuro rincón de la memoria
 Salen a perseguirme los recuerdos
 De las pasadas horas.

Yo los quiero ahuyentar. ¡Esfuerzo inútil!
 Me rodean, me acosan,
 Y unos tras otros a clavarme vienen
 El agudo agujón que el alma encona.

LXIV

Como guarda el avaro su tesoro,
 Guardaba mi dolor;
 Yo quería probar que hay algo eterno
 A la que eterno me juró su amor.

Mas hoy le llamo en vano, y oigo al tiempo
 Que le agotó, decir:
 —¡Ah, barro miserable, eternamente
 No podrás ni aun sufrir!

LXV

Llegó la noche y no encontré un asilo;
 ¡Y tuve sed!... Mis lágrimas bebí;
 ¡Y tuve hambre! ¡Los hinchados ojos
 Cerré para morir!

¡Estaba en un desierto! Aunque a mi oído
 De las turbas llegaba el ronco hervir,
 Yo era huérfano y pobre... ¡El mundo estaba
 Desierto... para mí!